

los heridos, que, con los miembros mutilados, gritan ¡viva el emperador! y ve á Ney que se sostiene en el centro, á Eugenio que con Macdonald marcha á la izquierda mas allá del *Floss-Graben*, para rebasar al enemigo hácia Eisdorf, y á Marmont, que, formado sobre la derecha en muchos cuadros, se mantiene en Starsiedel. Aun no descubre á Bertrand que se halla lejos, pero cuenta con su llegada, y sabe que la Guardia, acude á toda prisa. Muéstrase tranquilo y deja que prosiga la batalla.

Pero todavía tiene Blucher la Guardia real y las reservas, y no necesitando del beneplácito de nadie para disponer de cuantos son prusianos, se apodera de ellos y los lleva adelante con cierta especie de patriótica furia. A la de rechalanza uno ó dos batallones mas allá del *Floss-Graben*, para mantener á Eisdorf, hácia donde ve marchar una columna de franceses: á la izquierda lanza la Guardia real de á caballo sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, formadas en cuadro delante de Starsiedel, y envía á decir á Wintzingerode que apoye este ataque con toda la caballería rusa. Hácia el centro cae con la infantería de la Guardia real sobre Klein-Gorschen y Rahna. Este esfuerzo, intentado con la resolución de gentes que quieren vencer ó morir, se logró como las resoluciones del heroísmo desesperado. Blucher es herido en un brazo, pero no abandona el campo de batalla, se apodera de nuevo de las aldeas de Klein-Gorschen y de Rahna, y sin tomar aliento marcha sobre Kaja, que logra arrebatarlos por vez primera, mientras su caballería, lanzada sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, procura romper sus cuadros. Pero, habituados los marinos de Bonnet á la

artillería de grueso calibre, reciben las balas, y luego los asaltos de caballería, sin manifestar el mas leve movimiento.

A pesar de todo, Rahna es forzada, abierto del todo queda nuestro centro, y si obrando concertadamente los coaligados, envían en apoyo de Blucher el ejército ruso, puede ser la línea de Ney rota, sin que nuestra Guardia imperial tenga tiempo de cerrar la brecha. Napoleón en medio del fuego junta á sus conscritos.—¡Jóvenes, les dice, habia contado con vosotros para salvar el Imperio, y os dais á la fuga!—Aun no tiene á la mano á la Guardia, que avanza á toda prisa; ya no posee aquellos ochenta escuadrones de Murat, que tiempos antes lanzaba tan oportunamente sobre los campos de Eylau ó del Moskowa. Pero le queda la division de Ricard, la quinta de Ney, y ordena al conde de Lobau que se ponga á su cabeza para recuperar á Kaja. Lobau conduce contra el enemigo á esta jóven infantería, mientras Souham, Girard y Brennier, se ocupan en juntar sus soldados. Marcha sobre Kaja, y encuentra allí á la Guardia prusiana; la acomete á la bayoneta y la repele. Se vuelve á entrar en esta aldea, y se empuja á los prusianos hácia el terreno ligeramente hundido, donde se hallan las dos aldeas de Rahna y de Klein-Gorschen. Al mismo tiempo á las órdenes de Ney tornan Souham y Girard á la carga con sus rebechas divisiones, y restablecido el combate prosigue con la misma violencia. Se fusilan y se ametrallan casi á quema-ropa. Como un héroe se porta Girard, aquel gefe que habia sufrido una desgraciada sorpresa en Extremadura; á pesar de recibir una herida, continúa en medio del fuego.

De una á otra ala y en el espacio de mas de dos leguas se extiende esta escena de carnicería. Después de arrebatarse con sus tres divisiones la aldea de Rapitz á las tropas avanzadas del enemigo, se acerca Macdonald á Eisdorf y á Kitzen, y hace resonar el estampido de sus cañones á nuestra izquierda mas allá del *Floss-Graben*. Hacia el lado opuesto desemboca Bertrand por mas allá de la posición de Marmont, y sobre nuestra derecha se descubre á lo lejos su division primera, la de Morand, aproximándose en muchos cuadros.

Para los coaligados esta es la hora de probar el último esfuerzo, antes de ser rebasados por todas partes. Hasta el presente solo Blucher y Wintzingerode se han empeñado en la lucha con cerca de cuarenta mil hombres. Detrás y á la izquierda quedan York y Wittgenstein con diez y ocho mil hombres, y además otros tantos de las guardias y las reservas rusas.

Blucher, todo ensangrentado, pide que se le sostenga, y que se descargue un gran golpe sobre el centro, porque solo por este punto se pueden alcanzar resultados decisivos, empezando á envolver una vasta creciente de fuegos de derecha á izquierda al ejército coaligado. No hay que andar en vacilaciones, y se ordena que la segunda línea, la de Wittgenstein y York, marche en apoyo de las tropas de Blucher ya tan maltratadas. Aun se pudiera obrar de mejor manera, lanzando además de York y Wittgenstein las guardias y las reservas rusas sobre el centro de los franceses, y enviando la caballería de Wintzingerode y todas las fuerzas disponibles sobre las divisiones de Marmont, sin mas apoyo que sus cuadros. Pero, afectando el

emperador Alejandro aparecer en todas partes, y no hallándose donde convendría que estuviera, no manda é impide que Wittgenstein lo ejecute, mientras el cuerdo rey de Prusia, que ni siquiera se cuida de parecer valiente, aun siéndolo, no se atreve á dar una orden. Sin embargo la resolución de probar el postrer esfuerzo, tomad bastante confundidamente, se pone por obra. Son las seis de la tarde, y aun hay tiempo de romper el centro de los franceses, donde, haciéndose Blucher casi destruir, ha destruido casi á las dos divisiones de Ney. A sostener el cuerpo medio aniquilado de Blucher, llegan las tropas de Wittgenstein y de York; marchan sobre las inflamadas ruinas de Klein-Gorschen y de Rahna, pasando por entre los restos del ejército prusiano, y bajo una lluvia de fuego, se adelantan sobre Kaja, en tanto que Wintzingerode con la Guardia prusiana de a caballo y parte de la caballería rusa, se lanza sobre los cuadros de Marmont, situados en una posición algo á la espalda para apoyarse en Starsiedel. ¡Vanas acometidas! A semejanza de ciudadelas inflamadas, los cuadros de Bonnet y de Compans vomitan fuego desde sus muros en pie siempre; pero á la derecha los diez y ocho mil hombres de Wittgenstein y de York, guiados con el brio que exige esta circunstancia extremada, repelen á las divisiones de Ney tan maltratadas como las de Blucher, las arrojan hácia Kaja, entran en esta aldea, y al desembocar de allí se encuentran con la Guardia de Napoleon frente á frente. Mas allá del *Floss-Graben*, el príncipe de Wurtemberg disputa la aldea de Eisdorf á las tropas de Macdonald.

A su turno corresponde á Napoleon intentar un

esfuerzo decisivo, pues vanamente están prontas sus alas á replegarse sobre el enemigo, si su centro queda roto. Pero aun tiene los diez y ocho mil hombres y la poderosa reserva de artillería de la Guardia imperial á la mano. Enmedio de sus conscritos, algunos de los cuales huyen hasta su lado, enmedio de las bombas y de las balas que caen en torno de su persona, hace avanzar á la Joven Guardia, y ordena que los diez y seis batallones de la division de Dumontier rompan sus cuadros, se formen en columnas de ataque, marchen con la izquierda hácia Kaja y la derecha hácia Starsiedel, embistan con empuje, destrocen las líneas enemigas, y venzan en suma, porque es absolutamente necesario. Entretanto, formada la Vieja Guardia en seis cuadros, se mantiene firme como otros tantos reductos destinados á cerrar el centro de nuestra línea. Al mismo tiempo Napoleón prescribe á Drouot que marche con ochenta bocas de fuego de la Guardia á situarse algo oblicuamente sobre nuestra derecha delante de Starsiedel, á fin de coger de frente á la caballería, que ataca sin interrupcion á las divisiones de Marmont, y de coger de flanco á la línea de infantería de Wittgenstein y de York.

Expedidas estas órdenes son ejecutadas casi al minuto. Guiados los diez y seis batallones de la Joven Guardia por el general Dumontier y por el mariscal Mortier, avanzan en columnas de ataque, se unen al paso las tropas de Ney que aun pueden seguir la pelea, y bajo una lluvia de fuego penetran en Kaja. Despues de recuperar esta aldea, pasan al otro lado y arrollan sobre Klein-Gorschen y Rahna á las tropas de Wittgenstein, de York, de Blucher, precipitados en confusion á la quebrada

donde se hallan situadas estas aldeas. De seguida hacen alto sobre el declive del terreno, y dejan a Drouot el espacio necesario para hacer que obre su artillería. Sirviéndose este con arte de la ventaja del terreno, dirige parte de sus ochenta piezas de artillería sobre la caballería contraria, y con el resto coge en declive á la infantería de Wittgenstein y de York, y hace llover metralla y balas sobre unos y otros. Abrumadas la infantería y la caballería enemigas por esta masa de fuegos, muy pronto se ven compelidas á emprender la retirada. En el mismo instante, hácia nuestra izquierda y mas allá del Floss-Graben, dos divisiones de Macdonald, las de Fressinet y de Charpentier, arremeten la una contra Kitzen y la otra contra Eisdorf, y se las arrebatan al príncipe Eugenio de Wurtemberg, á pesar de los socorros enviados por Alejandro. Al extremo opuesto, es decir á la derecha, Bonnet y Compans guiados por Marmont rompen al fin sus cuadros, y se lanzan en columnas sobre el flanco del enemigo, á cuyas espaldas ya hace oír Morand sus cañones.

Son cerca de las ocho, y la confusion de ideas empieza á invadir al estado mayor de los coaligados. Reunidos Alejandro y Federico Guillermo con sus generales sobre la cumbre desde la cual descubren la batalla, deliberan relativamente á lo que por hacer les falta. Blucher, mas vehemente que nunca, y vendado el brazo, quiere que se precipiten de nuevo sobre el centro de los franceses á la cabeza de la guardia rusa. A su vez Miloradowitch llegará durante la noche, para servir de reserva ó cubrir la retirada del ejército, si hay necesidad de emprenderla. Por tanto se pueden aventurar sin

recolo todas las tropas que aun no han venido á las manos. Fundadamente responden York y Wittgenstein que están rebasados por la derecha hácia Eisdorf, por la izquierda hácia Starsiedel, que, si insisten, se exponen á ser envueltos, y á dejar en manos de Napoleon por lo menos una parte del ejército aliado, y finalmente, que el gefe de la artillería no tiene municiones. Ante razones semejantes, no queda otro arbitrio que el de emprender la retirada. Con efecto, se da la orden para comenzarla. Pero Blucher indignado grita en medio de las sombras ya extendidas sobre las dos huestes; que no debe de ser derramada tanta sangre preciosa sin fruto; que no está perdida la jornada; que lo va á probar solo con su caballería, y que moverá sonrojo á cuantos se manifiestan anhelosísimos por abandonar una victoria casi segura. Con efecto, aun se podian llevar cuatro ó cinco mil ginetes prusianos y principalmente de la Guardia real al combate: juntólos, se puso á su cabeza, y aunque empezaba á cerrar la noche, cae á semejanza de un furioso sobre las tropas francesas, que se hallan á la izquierda de los aliados delante de Starsiedel, y son las del cuerpo de Marmont. Cansados los soldados de este mariscal de tan largo combate, apenas se hallan en las filas, y se desbanda el primer regimiento, 37.º de ligeros, de formacion reciente, sorprendido por tan súbita irrupeion de la caballería prusiana. Acudiendo Marmont con su estado mayor entero, tambien es arrastrado en la derrota. Apeado de su caballo y marchando á pié con el brazo vendado, va entre los soldados fugitivos del regimiento 37.º Pero formadas á tiempo las divisiones de Bonnet y de Compans resisten á

todos los ímpetus de Blucher. Desgraciadamente, disparando en medio de la oscuridad contra cuantos avanzan hácia ellas, matan á algunos soldados del regimiento 37.º, y hasta á muchos oficiales de Marmont, en especial al coronel Jardet, el que fué enviado á Napoleon despues de la batalla de Salamanca.

Bien pronto se apacigua el pasagero disturbio, y al cabo dormimos sobre este campo de batalla, cubierto de ruinas, inundado de sangre, y que se ven los enemigos en la necesidad de abandonarnos, tras de disputarlo por largo tiempo. Mas no poseemos la hermosa caballería que otras veces para correr detrás de los vencidos, para coger á millares los prisioneros y los cañones. Además, delante de un enemigo, que se batia con tal saña, convenia ser circunspectos y renunciar á coger todos los trofeos de la victoria.

Napoleon quiso que se permaneciera á pié firme: sabia que desde Kaja, como desde una incontrastable roca, se habia contenido el ímpetu de los enemigos, embriagados con su triunfo, y que no darian un paso mas hácia adelante. Con efecto, á contar desde esta hora, se debia restablecer su fortuna, bien que á condicion de que su razon se restableciera asimismo. Sobre el campo de batalla pernoctó en espera de los trofeos de la victoria que pudiera coger á otro dia, aunque avalorando ya perfectamente su precio.

A otro dia, 3 de mayo, se encontraba á caballo desde el alba para recoger los heridos, ordenar sus tropas y perseguir al enemigo. Al galope cruzó aquella quebrada, donde aun ardian las aldeas de Rahna, de Klein-Gorschen y de Gross-Gors-

chen, trepó hácia la posicion que los dos soberanos aliados ocuparon durante la batalla, y vió mas claramente lo que se había querido intentar en su contra, esto es, rebasarle, mientras personalmente se proponía rebasar á sus enemigos. Pero, proporcionándole su rara prevision un eje sólido en Kaja y en torno del cual podia maniobrar seguro, había desbaratado completamente los planes de los coaligados. Con la caballería perdida en Rusia los cogiera á millares. En el estado actual de las cosas nada mas pudo coger que heridos y cañones desmontados, juntando gran número de estos trofeos. De los noventa y dos mil hombres de los coaligados, unos sesenta y cinco mil entraron en lucha, si bien con encarnizamiento. No hubo muchos mas de nuestro lado, pues solo tomaron parte en la accion cuatro divisiones de Ney, dos de Marmont, otras dos de Macdonald y una, de la Guardia. En estos cuerpos fué grande la pérdida por ambas partes. Lo menos cayeron veinte mil prusianos y rusos, y nosotros perdimos de diez y siete á diez y ocho mil hombres. Mas llevábamos perdidos que el enemigo hasta el momento en que la formidable artillería de la Guardia inclinó á nuestro favor la balanza de la carnicería. Se portaron heroicamente los prusianos, con denuedo, aunque sin pasion los rusos. Unos y otros acreditaron la confusion de una coalicion en sus consejos. Nuestra infantería se condujo con el valor impetuoso de la juventud, y tuvo la ventaja de ser dirigida por Napoleon en persona. Nunca éste había expuesto mas su vida, ni acreditado mas su genio, ni manifestado en mas alto grado, no solamente los talentos de un general de grandes miras que prepara sábiamente sus opera-

ciones, sino tambien de un general de batalla que, sobre el terreno, y segun el giro de los sucesos, cambia sus planes, y trastorna sus concepciones, para adoptar las que exigen las circunstancias. Este era el caso de darse por satisfecho, aunque los resultados materiales no fuesen de tanto bulto como otras veces, cuando se hallaban en su estado de perfeccion todas las armas, y cuando peleábamos contra adversarios no impelidos por la resolucion de la desesperacion todavia; repetimos que este era el caso de darse por satisfecho, y de mostrarse agradecido á esta nacion generosa que le había prodigado de nuevo su sangre mas pura, y de ser prudente al menos por consideracion á ella. ¿Acaso iba Napoleon á recibir este favor del cielo con el espíritu que conviniera deseárselo y recibirle, con el espíritu en que la nacion lo había esperado al precio de su sangre, ó á volver á los delirios de su ambicion desapoderada? Muy en breve lo debian decidir los sucesos.

Por de pronto no había mas que aprovechar la victoria, y en esto no tenía igual Napoleon, como tampoco en el arte de prepararla. Despues de emplear sobre el campo de batalla el 3 de mayo en recoger heridos, en concertar sus cuerpos de tropas quebrantadas por tan rudo choque, y sobre todo en tomar lenguas acerca de la direccion del enemigo, prestamente reconoció hasta qué punto había sido decisivo el golpe descargado á los coaligados, pues retrogradaban á toda prisa á pesar de sus fastuosas pretensiones. No se descubrian por el camino mas que columnas de tropas ó equipages en retirada, y se les veía sin poderles dar alcance por falta de caballería, pero evidente era

que ya no se detendrían mas que en el Elba y quizá en el Oder. Esta derrota positiva é indisputable no les impedia ostentar en su lenguaje la mayor arrogancia. Gozósísimo Alejandro de haberse portado perfectamente en el fuego, se atrevía á llamar á esta jornada una victoria, y fuerza es decir que era triste costumbre de los generales rusos la de alterar extrañamente la relacion de los sucesos militares, como si no les permitieran ser verídicos las grandes cosas que en el espacio de dos siglos han llevado á remate. Sin embargo, cabe concebir que de este modo se procediese respecto de los rusos, porque se miente á las naciones en proporcion de su ignorancia; pero acreedores eran los alemanes á que se propalaran menos mentiras sobre esta jornada. Y con todo, aturdidísimos al parecer los prusianos de haber hecho cara á Napoleon, tuvieron valor para escribir á todas partes, y especialmente á Viena, que habian alcanzado una verdadera victoria, y que si se retiraban, era por falta de municiones y por un simple cálculo militar. Pase lo del cálculo, pero entendiéndose el del vencido que va á buscar su seguridad lejos del enemigo, contra cuya aproximacion no puede sostenerse. Con efecto, los coaligados marcharon tan de prisa como les fué posible, para pasar el Elster, el Pleisse, el Mulda y el Elba, y poner cien leguas de pais entre ellos y los franceses.

Despues de convencerse Napoleon de la importancia de esta batalla de Lutzen por la presteza del enemigo en emprender la retirada, escribió á Munich, á Stuttgard, á Paris, cartas llenas de justo orgullo, y de admiracion bien merecida por sus reclusas. A Pegau fué á pernoctar el 3 de mayo, y

segun su costumbre, se levantó á media noche para ordenar sus disposiciones de marcha. Podia acontecer que los coaligados tomaran dos direcciones; que los prusianos ganaran por Torgau el camino de Berlin, á fin de ir á cubrir su capital, y que los rusos siguieran el camino de Dresde para volver á entrar en la Silesia. Por el contrario podia acontecer que, abandonando á Berlin á su suerte y al celo del príncipe real de Suecia, continuaran los coaligados juntos su marcha sobre Dresde, permaneciendo apoyados en las montañas de Bohemia y en el Austria, para decidir á ésta en favor suyo, afirmándola que estaban victoriosos, ó que si nó lo estaban ahora, lo estarían muy luego. Posibles eran una y otra conducta, pues habia poderosas razones que alegar en apoyo de ambas. Si importaba mucho permanecer unidos y mantenerse junto al Austria, igualmente importaba no abandonar Berlin y todos los recursos de la monarquía prusiana á los franceses. Para esta doble hipótesis, combinó Napoleon sus disposiciones. Si se dividían los coaligados, tambien podia dividirse, y enviar por una parte una columna de ochenta mil hombres detrás de los prusianos, y los perseguiria de muerte, y cruzaria el Elba detrás de ellos, y luego entraria victoriosa en la capital de Prusia, y por otra marchar detrás de los rusos en persona con ciento cuarenta mil soldados, pisarles sin tregua los talones, penetrar en Dresde con ellos y lanzarlos hácia Polonia. Si al revés, no se separaban los coaligados, convenia seguir su ejemplo, aplazar la satisfaccion de entrar en la capital de Prusia, y perseguir en masa á un enemigo que se retiraba del mismo modo. Con una profundidad de combi-

naciones, de que solo Napoleon era capaz, fijó su plan de manera de poderse plegar á una hipótesis ó á otra. Detrás dejó al cuerpo de Ney para que se repusiera de sus heridas, pues de diez y siete ó diez y ocho mil hombres muertos ó heridos de los nuestros, doce mil pertenecian á este cuerpo solo. Autorizóle para permanecer dos dias en Lutzen con el objeto de establecer allí un buen hospital, donde entraran sus heridos mas maltratados, y de preparar el transporte á Leipsick de los que estuvieran menos graves. Le previno que despues entrara en Leipsick con grande aparato. Esta ciudad habia hecho alarde de un espíritu barto hostil para que se le ahorrara el espectáculo de nuestros triunfos y el terror de nuestras armas. Desde Leipsick debia marchar el mariscal á Torgau, y allegar allí á los sajones, probablemente afirmados en su fidelidad de resultas de la victoria de Lutzen. Poniéndolos con la division de Durutte á las órdenes del general Reynier, formarian un cuerpo de catorce á quince mil hombres, con que el mariscal Ney se encontraria reforzado. Además le agregó Napoleon el mariscal Victor, no solo con los segundos batallones de este mariscal reorganizados en Erfurt, sino tambien con parte de los del mariscal Davout, que este debia prestar por algunos dias. De este modo el mariscal Victor podia reunir veinte y dos batallones, con fuerza de quince ó diez y seis mil hombres. Finalmente, quedaba la division de Puthod, la cuarta del cuerpo de Lauriston, dejada con el general Sebastiani á la izquierda del Elba, para castigar á los cosacos de Tettenborn, de Donnenberg y de Czernichef. Napoleon previno á esta division que se dirigiera á

Wittenberg á toda prisa, para unirse al mariscal Ney mas allá de Torgau. Tanto la seguridad del bajo Elba, como de los departamentos anseáticos, fiábala al general Voudamme, que ya estaba en Brema con parte de los batallones de los cuerpos antiguos rehechos, y en la misma victoria de Lutzen. De consiguiente el mariscal Ney, que de sus cuarenta y ocho mil hombres conservaba treinta y cinco ó treinta y seis mil todavia, iba á allegar á Reynier con quince ó diez y seis mil franceses y sajones, al duque de Bellune con quince mil franceses, con catorce mil al general Sebastiani, todos los cuales debian formar en el término de ocho dias un total de ochenta mil hombres. A Ney tocaba el honor de perseguir á Blucher, si éste echaba por el camino de Berlin y de entrar en su seguimiento en la capital prusiana. De esta suerte queria Napoleon oponer el impetu de Ney al impetu del héroe de Prusia. Si por el contrario, no dividiéndose el enemigo, pensaba en combatir una vez mas antes de volver á pasar el Elba, lo cual era poco probable, dos dias bastaban para traer los ochenta mil hombres de Ney sobre el flanco de los coaligados. Persiguiendo Napoleon en lugar de ser perseguido, podia á la sazón elegir el sitio donde le conviniera dar una segunda batalla.

Napoleon se reservaba el cuidado de marchar personalmente detrás de la masa principal de los coaligados con Bertrand y Oudinot, reforzados el uno por una division bávara y el otro por una division wurtemberguesa, con Marmont que no habia perdido mas que seiscientos ó setecientos hombres, con Macdonald, que habia perdido dos mil á lo sumo, con Lauriston que delante de Leipsick habia

dejado seiscientos ó setecientos, y finalmente, con la Guardia disminuida, como en mil hombres, esto es, con cerca de ciento cuarenta mil combatientes. Tomadas estas disposiciones, y despues de recomendar á Ney que repusiera bien sus tropas, y de exigir seis mil camas en Leipsick para sus heridos, y de proveerse en la misma ciudad de cuanto le hacia falta, Napoleon partió de Pegau en tres columnas. La principal, compuesta de Macdonald, de Marmont, de la Guardia, y dirigida por el príncipe Eugenio en persona, debia ganar por Borna el camino real de Dresde, el que pasa por Waldheim y Wilsdruff. La segunda, compuesta de Bertrand y de Oudinot, manteniéndose á cuatro ó cinco leguas sobre la derecha, debia seguir por Rochlitz, Mittwejda y Freyberg, la falda de las montañas de Bohemia. La tercera, formada del cuerpo de Lauriston tan solo, por Wurtzen debia correr sobre Meissen, uno de los puntos de paso del Elba, cuya ocupacion tenia mas importancia, y enlazar á Napoleon con el mariscal Ney. Sobrado evidentemente se hallaba el enemigo en retirada, para que se temiera hallarle en masa sobre ningun punto y columnas de cincuenta á sesenta mil hombres bastaban para todos los encuentros probables. Además, al cabo de algunas horas se podian juntar dos de estas columnas, cosa que permitia precaver todo accidente, y vivir con mas holgura, se facilitaban mas las exploraciones, siguiendo los tres caminos que conducian al Elba, y se tenia la probabilidad de envolver en esta especie de red á los destacamentos extraviados, que por falta de caballeria, no podian ser cogidos á la carrera.

Napoleon partió el 5 de mayo para Borna, á fin

de ir detrás de su principal columna. Le precedia el príncipe Eugenio, quien, llegado á Kolditz junto al Mulda, halló la retaguardia de los prusianos apostada á lo largo del rio, cuyos puentes estaban destruidos. Se remontó algo á la derecha, descubrió un paso para una columna y una parte de su artilleria, y se fué á establecer sobre una cumbre que dominaba el camino real de Dresde. Entonces se vieron obligados los prusianos á abandonar las márgenes del rio, y á retirarse á toda prisa, desfilando bajo el fuego de veinte cañones. Así perdieron algunos centenares de hombres, y se retiraron hácia Leipsick, pasando por entre las líneas de un cuerpo ruso, que se hallaba en posicion en Seyfersdorf, delante de Hasta. Este cuerpo era el de Miloradowitch, á quien una falsa combinacion habia privado de asistir á la batalla de Lutzen. Miloradowitch era un hombre denodado, impaciente por distinguirse, como lo habia hecho ya tantas veces, y deseoso tambien de responder á los prusianos, quienes se quejaban mucho de que en Lutzen se hubiera dejado pesar sobre ellos solos todo el peso de la batalla, hablillas harto frecuentes entre aliados asociados á una obra tan árdua como la guerra. Despues de abrirse para que desfilaran los prusianos, rehizo Miloradowitch sus filas, y aprovechándose de su posicion ventajosa, se mantuvo firme. Vigorosamente le acometió el príncipe Eugenio, y solo rebasándole consiguió que evacuara aquel punto. De setecientos á ochocientos hombres se perdieron por ambas partes, si bien por falta de caballeria no pudimos coger prisioneros. Tras de sacrificar los rusos muchos centenares de hombres para contener nuestra marcha, nos tuvieron que en-

tregar una porcion de carros cargados de heridos, y que destruir otros muchos cargados de bagages.

Se les persiguió el 6 y el 7 de mayo sin tregua queriendo Napoleon llegar á Dresde el 8 lo mas tarde. Tomado habian los prusianos el camino de Meissen y los rusos el de la capital de Sajonia, sin que de esta doble direccion se pudiera inferir aun que se separaban los unos para cubrir á Berlin y los otros para cubrir á Breslau. Habiendo dirigido Napoleon el cuerpo de Lauriston por Wurtzen sobre Meissen, se estimuló á acelerar su marcha hácia el Elba, á fin de sorprender, si era posible, el paso de este rio, pues teniamos pontoneros y no pontones, hallándose atrás este material de conduccion muy pesada. Otra razon asistia á Napoleon para empujar vivamente al general Lauriston sobre Meissen á fin de cruzar por alli el Elba, y era el deseo de anular asi la resistencia que acaso se tratara de openernos en la misma capital de Sajonia. Con efecto, no se podia intentar el paso á viva fuerza cerca de esta ciudad sin exponerse á destruirla, y ya era bastante haber hecho saltar dos arcos de su puente de piedra, accidente de guerra, á que fué por extremo sensible, aun sin dañar á los hermosos edificios con que sus electores lo habian decorado.

Trasladóse el 7 á Nossen y á Wilsdruff. Detenido encontró alli el virey á Miloradowitch en una buena posicion, á cuya defensa parecia resuelto. Se le arrebató bruscamente, y se le hizo pagar con algunos centenares de hombres esta inútil fanfaronada. Al dia siguiente 8 de mayo, asomóse por aquel anfiteatro de colinas, desde cuya cumbre se

divisa la hermosa ciudad de Dresde, asentada sobre las dos márgenes del Elba y á la falda de las montañas de Bohemia, como Florencia á las dos márgenes del Arno y á la falda del Apenino. Magnifico estaba el tiempo, esmaltada la campiña con las flores de la primavera, ofrecia el aspecto mas risueño, y con el corazon apenado se contemplaba aquel rico territorio expuesto á ser presa de las llamas dentro de algunas horas si el enemigo oponia resistencia. Se bajaron las gradas de aquel vasto anfiteatro en tantas columnas como caminos formaban los radios de Dresde, y con júbilo vióse á las negras columnas del ejército ruso renunciar á la pelea, meterse por las calles de la ciudad y volver á pasar el Elba, no sin prender fuego á sus puentes. Desde la ruptura del de piedra, se habian establecido tres pasos para el servicio de los ejércitos coaligados, uno de barcas mas arriba de la ciudad, otro mas abajo con balsas y otro en la ciudad misma, supliendo con dos arcos de madera los de piedra que habia hecho saltar el mariscal Davout. Se descubrieron todos estos puentes entregados á las llamas, lo cual anunciaba que los rusos buscaban asilo detrás del Elba, Entramos, pues, en la ciudad principal, esto es, en la ciudad vieja, situada á la izquierda del rio, y se quedaron los rusos en la ciudad nueva situada á la derecha.

No bien entradas nuestras columnas en Dresde, salió una diputacion municipal al encuentro del príncipe virey para implorar su clemencia. Con efecto, la ciudad estaba alarmada al recordar la conducta que durante un mes habia observado. Habia querido asaltar á los franceses, que solo á su buena actitud debieron la ventaja de verse en